

**Sandra Souto Krustín, *Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, 456 pp., ISBN 84-323-1158-8.**

Entre la multitud de investigaciones sobre la historia local o regional de la Segunda República, las dos corrientes más sobresalientes son los análisis de los procesos electorales y, en menor grado, los análisis sobre la actuación de los movimientos obreros. El estudio de Sandra Souto se ubica claramente dentro de esta última corriente, siendo una reconstrucción de la evolución de las organizaciones obreras, sobre todo del movimiento socialista, entre finales de 1933 y principios de 1936 tanto en la provincia como en la ciudad de Madrid, aunque el grueso del libro se dedica a la capital. Y *¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?* se centra en la radicalización del movimiento socialista a partir de las elecciones generales de 1933, la huelga y la insurrección de octubre de 1934, la represión resultante, la elaboración de nuevas estrategias durante el transcurso del año 1935 y, por último, las elecciones generales de febrero de 1936 y el subsiguiente desarrollo de los movimientos obreros hasta la primavera del mismo año. El resultado es un libro escrito de una forma no sólo muy fluida, sino muy pormenorizada, ya que se basa en una investigación doctoral que impresiona por la amplitud de las fuentes primarias consultadas. Asimismo, Souto, en contraste con la mayoría de historiadores, hace un esfuerzo muy explícito por fusionar la teoría con la práctica, incorporando sobre todo los

planteamientos de Charles Tilly y Sidney Tarrow.

Una de las mayores virtudes del libro de Sandra Souto es la ingente investigación en la cual se fundamenta. La autora ha indagado no sólo en las fuentes más evidentes, tales como la Fundación Pablo Iglesias y el Archivo General de la Guerra Civil, sino en papeles jurídicos, como los del Archivo de la Audiencia Territorial o del Tribunal Supremo, así como en archivos extranjeros, como el Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis en Amsterdam o el Public Records Office en Londres. Además, Souto ha consultado una amplia selección de publicaciones, oficiales y no oficiales, de los años treinta. El libro, por tanto, es producto de una investigación ardua y extensísima, y en este sentido supera tanto la gran mayoría de estudios locales como muchos otros libros más generales sobre el periodo.

El resultado de esta labor investigadora es una visión más matizada de algunos de los aspectos más importantes de la historia obrera durante el segundo bienio de la República. Estas matizaciones no son necesariamente de relevancia sólo para Madrid, sino que, muchas veces, son aplicables para otras partes de España, e incluso para el movimiento obrero a nivel nacional. Por ejemplo, Souto subraya que los sucesos de octubre de 1934 no representaron simplemente un intento de repetir la experiencia de 1917 o 1930 —es decir, combinar una huelga general con la sublevación de militares afines— sino que constituyeron un intento serio de conquistar el poder a través de las milicias socialistas. De hecho, el libro ofrece un

relato muy detallado de los preparativos insurreccionales, prestando una atención especial al protagonismo de las Juventudes Socialistas y Comunistas en la elaboración de los mismos, y revelando que los milicianos socialistas fueron más bien de extracción media baja que de clase obrera, lo cual matiza la imagen muy obrerista del movimiento. Además, esa apreciación del papel de la violencia en la estrategia socialista conduce a la autora a la conclusión de que la retórica revolucionaria de los socialistas entre las elecciones generales de 1933 y el levantamiento de octubre de 1934 no tuvo como único objetivo presionar al presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, para que no dejara a la CEDA entrar en el gobierno, sino que formó parte de un auténtico plan revolucionario.

Asimismo, *Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?* modifica la interpretación vigente sobre la represión pos-octubre. Según Souto, «a mediados de 1935, casi todas las asociaciones disueltas, judicial o gubernativamente, volvieron a tener un funcionamiento legal, aunque limitado por las restricciones impuestas por el estado de alarma, cobraban las ayudas de la Caja Nacional contra el Paro y la mayoría de sus locales estaban abiertos». La autora también demuestra que la experiencia de la represión no generó una unidad tan marcada entre las fuerzas de la izquierda como muchas veces se ha supuesto, debido a que las campañas pro-amnistía de los movimientos socialistas y anarco-sindicalistas se mantuvieron apartadas del Comité Nacional Pro-Amnistía. Indudablemente, sobre todos estos y otros aspectos de la historia del movimiento obrero durante el segundo bienio, el libro ofrece nue-

vas perspectivas basadas en una amplia investigación de primera mano.

Tengo, sin embargo, tres reservas principales en relación con el libro. En primer lugar, la transición de la tesis al libro publicado no ha sido acertada, lo cual es responsabilidad de la autora pero sobre todo de la editorial. En consecuencia, muchos capítulos e incluso apartados dentro de cada capítulo empiezan con una disquisición teórica o didáctica basada en las ideas de Tilly o Tarrow. Aunque esto hubiera sido imprescindible para la tesis, para el texto publicado hay muchas ocasiones en las cuales no es necesario, o porque la idea teórica se puede ilustrar a través de la propia narración histórica o porque, según avanza el libro, representa una repetición. Igualmente, el detalle — ¡hasta las etiquetas en las bombas!— es francamente excesivo, tanto para el texto como para bastantes notas a pie de página. Además, tanto las secciones teóricas como la proliferación de datos, listas y acrónimos estorban la fluidez narrativa del relato, lo cual es una pena dado que el tema se presta bien a una narrativa viva. Y con la limpieza del texto y las notas se podría haber incluido más contexto general debido a que —muy al estilo de una tesis doctoral— el texto está excesivamente enfocado en la vida interna del movimiento socialista. Es sorprendente que haya tan poco material sobre los patronos, los contrincantes más inmediatos de los sindicalistas, o sobre el impacto de desarrollo urbanístico de Madrid sobre las organizaciones obreras. En este sentido, el libro no constituye la continuación del estudio de Santos Juliá sobre los movimientos obreros madrileños entre 1931 y 1934.

En segundo lugar, no comparto la interpretación global de la autora en relación con el segundo bienio. Explica la trayectoria del movimiento socialista sobre todo en términos del contexto europeo amenazante y la percepción de la CEDA como un peligro "fascista", pero sin tener suficientemente en cuenta la radicalización anterior de los socialistas y la correspondiente ruptura de su alianza con los republicanos de izquierda. Además, la postura de los socialistas está determinada en gran parte por su exclusión del poder: primero, rompieron con los republicanos de izquierda porque éstos colaboraron en la formación de un gobierno exclusivamente republicano y, segundo, rompieron con la República cuando la primera vuelta de las elecciones generales de 1933 les salió mal. En otras palabras, los socialistas rechazaron las reglas del juego democrático porque no les convenían, y las abrazaron de nuevo —aunque fuera, para la mayoría de los socialistas, de una forma puramente pragmática— cuando la insurrección de octubre de 1934 fracasó. Por otra parte, Souto, en consonancia con la vieja interpretación marxista, considera que los gobiernos del Bienio Negro representaban un bloque conservador que tenía como objetivo derrocar las reformas de 1931-1933 y llevar a cabo una contundente contrarreforma. Desde mi punto de vista, el segundo bienio fue más complejo que eso. La mayoría parlamentaria, compuesta por el centro y la derecha no-republicana, no tenía ni un programa ni una estrategia en común, y por eso había una fuerte tensión permanente entre las aspiraciones centristas y las derechistas. Sin tener esto en consideración, no se pueden explicar

los múltiples elementos de continuidad en relación con el primer bienio, la manifiesta inestabilidad de la mayoría parlamentaria y la imposibilidad de llevar adelante la gran mayoría de los planes reaccionarios de la CEDA. No es de extrañar, por tanto, que la presencia en el libro de los republicanos, sean de la izquierda o del centro, sea casi fantasmal. En este contexto, y dado las quejas de la autora sobre la falta de estudios sobre el segundo bienio, quizá le hubiera sido de utilidad mi libro *La república que no pudo ser*.

En tercer lugar, me parece que el libro se queda un poco corto, tanto en términos conceptuales como cronológicos. Me hubiera gustado saber más sobre la actuación de los socialistas en los ayuntamientos, los jurados mixtos y los tribunales, y no sólo dentro de los sindicatos y partidos, porque nos ofrecería una visión más completa y convincente de la misma. Sobre la provincia en general hay más bien poco y la breve sección sobre la huelga agraria de junio de 1934 en particular es decepcionante. Y, desde mi perspectiva, un estudio que se centre en la radicalización de las organizaciones obreras y en sus aspiraciones revolucionarias no debería haber terminado en la primavera de 1936, sino en julio de 1936, como muy pronto.

En conclusión, y a pesar de las críticas, considero que el libro de Sandra Souto es la culminación de una investigación hercúlea que constituye una aportación indiscutible tanto a la historia de Madrid como a la historia del movimiento socialista durante la Segunda República.

**Nigel Townson**

**Sandie Holguín, *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica, 2003, 316 pp., ISBN 84-8432-468-0.**

En los últimos años hemos asistido a la aparición de varias obras sobre el nacionalismo español. Los trabajos de Alfonso Botti, Carolyn Boyd, José Álvarez Junco y Santos Juliá, entre otros, han supuesto un avance importante en nuestro conocimiento de la creación y el desarrollo de diversas identidades nacionales españolas. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, estos estudios se han centrado en el análisis de los discursos elaborados por intelectuales y políticos, prestando escasa atención al proceso por el cual las ideas nacionalistas de estos se transmitían al conjunto de la población, mediante instituciones estatales (sistema educativo, servicio militar, administración pública) y culturales (prensa, teatro, cine). Sandie Holguín se adentra con *República de ciudadanos* en el complejo campo de la formación de identidades nacionales, con una investigación sobre los programas estatales dirigidos a educar a las masas en valores patrióticos y democráticos durante la Segunda República. El libro se centra en los proyectos culturales subvencionados por la coalición republicano-socialista (1931-1933), con la intención de promover una identidad nacional española esencialmente republicana, laica y democrática, y la reacción que estos planes produjeron entre los sectores conservadores del país.

El marco teórico en el que se desenvuelve el análisis de Holguín está basado en los conceptos gramscianos de “hegemonía” y “contra-hegemonía”, pero aplicados aquí a la identidad nacional en vez de a las clases sociales. Así, el libro examina cómo el intento de la izquierda republicana por convertir su idea democrática de España en hegemónica entre el conjunto de la sociedad civil dio lugar a una oposición radical por parte de la derecha y los anarquistas, que pasaron a desarrollar sus propios conceptos de nación como contra-hegemónicos. Y a partir del estudio de esta lucha por establecer una identidad nacional hegemónica en la que ninguno de los sectores pudo imponerse durante los años republicanos, la historiadora norteamericana llega a la conclusión de que fue probablemente «esa incapacidad de lograr una hegemonía cultural por parte de cualquiera de estos grupos en solitario lo que diera lugar a la guerra civil española» (p. 9).

Tras un breve repaso a modo de introducción de los conceptos de “hegemonía” y “cultura”, y algunas notas sobre teorías en torno al nacionalismo, *República de ciudadanos* presenta en su primer capítulo las visiones enfrentadas en materia de educación e identidad nacional de republicanos, liberales, socialistas, anarquistas, regionalistas catalanes y conservadores. En el segundo capítulo Holguín describe el debate entre los intelectuales progresistas sobre cuál era el mejor modo de educar a las masas rurales y la puesta en marcha de las Misiones Pedagógicas en 1931. La parte principal del libro (capítulos 3, 4 y 5) está dedicada al uso que hizo el gobierno republicano-socialista del teatro, el cine y la literatura como

medios para fomentar una identidad nacional común entre el conjunto de la población. El último capítulo se centra en la puesta en práctica de políticas culturales republicanas y franquistas durante la guerra civil, tanto en el campo de batalla como en la retaguardia.

Lo más destacado del libro es el análisis de los diversos medios de comunicación empleados por el gobierno republicano para transmitir identidad nacional. Basándose en un buen trabajo de archivos, la autora explora cómo el gobierno central promovió la creación de grupos teatrales ambulantes para llevar las obras clásicas del Siglo de Oro al campesinado, la incapacidad de republicanos y socialistas a la hora de entender el potencial que suponía el cine para llegar a las masas y los continuos esfuerzos realizados por el Estado en su batalla contra el analfabetismo. Mención especial merece el detallado estudio que realiza Holguín de las Misiones Pedagógicas. Las actividades de estos grupos de educadores, que recorrían pueblos creando escuelas y bibliotecas y enseñando a leer a los aldeanos, se nos presentan como la espina dorsal del proyecto cultural republicano. Pero pese a todo el empeño que los dirigentes republicanos y socialistas pusieron por hacer funcionar de un modo efectivo estos proyectos educativos, los resultados de éstos no estuvieron exentos de problemas y paradojas. Como bien muestra Holguín, la puesta en marcha de este proyecto de educación de masas según los cánones de una "cultural popular" elaborada por los intelectuales dio lugar a serias tensiones entre sus promotores, una vez que muchos de los militantes de base socialistas y anarquistas reelaboraron el

mensaje oficial estatal dándole un carácter claramente revolucionario.

Sin embargo, este análisis de los medios de comunicación no está suficientemente complementado en la obra de Holguín con una explicación de los procesos políticos que se desarrollaron al mismo tiempo que las campañas educativas republicanas, ni de los partidos políticos que impulsaron estas políticas culturales. Como la misma autora reconoce, es precisamente en los espacios de interrelación entre la cultura y la política donde se puede explorar mejor la transmisión de la identidad nacional. No obstante, las referencias a la situación política en los años estudiados son muy escasas en la obra de Holguín, de tal modo que los programas culturales se nos presentan en una especie de vacío político. Quizá lo que más se eche en falta sea una mayor referencia a los años de los gobiernos conservadores y las políticas culturales puestas en marcha por la coalición radical-cedista para contrarrestar los esfuerzos de la izquierda. Al ignorar el Bienio Negro, Holguín pierde una buena oportunidad de analizar la interacción dialéctica entre "hegemonía" y "contra-hegemonía" una vez el poder político cambia de manos.

Al limitar su estudio a los programas culturales de la coalición republicano-socialista en el periodo en el que la izquierda estuvo en el poder, Holguín nos presenta un marco cronológico de análisis reducido a poco más de dos años. Esto dificulta la labor de calibrar la efectividad de los proyectos culturales izquierdistas y valorar el impacto que esos tuvieron a la hora de crear una identidad nacional integradora. Es probable que esta tarea pudiera haberla

realizado la autora indagando sobre el resurgir de las políticas culturales del Estado republicano a partir de 1937, pero Holguín prefiere adentrarse en las turbulentas aguas de los futuribles históricos. «¿Qué habría pasado si los republicanos hubieran ganado la guerra y hubieran podido seguir con las políticas iniciadas en 1931?» (p. 237), se pregunta la autora antes de pasar a divagar sobre lo que hubiera sido una España sin Franco en el poder durante los siguientes 40 años. ¿Qué interés académico puede tener una investigación histórica cuyas conclusiones están basadas en especulaciones sobre algo que nunca ocurrió?, se puede preguntar algún lector.

Tampoco exenta de problemas está la idea de Holguín de que fue el fracaso a la hora de lograr una hegemonía cultural, tanto por parte de las derechas como de las izquierdas, dio lugar a la guerra civil. En primer lugar porque, a pesar del indudable peso que tuvieron las percepciones culturales a la hora de construir la imagen del enemigo en ambos bandos, los factores esencialmente políticos y económicos jugaron un papel determinante en el estallido de la guerra civil. La decisión de las derechas de apoyar un golpe de Estado contra la República, una vez la CEDA perdió las elecciones de febrero del 36, no puede explicarse en términos exclusivamente culturales. Las reformas agraria, laboral y militar planteadas por el Frente Popular fueron consideradas por muchos en las clases altas y medias como claras amenazas a su posición económica y social. Conviene no olvidar que fue el miedo a que estas reformas socio-económicas se realizaran, lo que llevó a las clases pudientes a buscar una “solución

militar” que defendiera sus intereses materiales. En segundo lugar, la falta de una hegemonía cultural también la encontramos en otros países europeos en la primera mitad del siglo XX y no por ello el resultado fue una guerra civil. Francia e Italia son dos buenos ejemplos de países en los que izquierda y derecha defendieron dos conceptos de nación antagónicos, pero donde se evitó el conflicto civil a gran escala (al menos hasta las ocupaciones alemanas de 1940 y 1943 respectivamente).

*Republica de ciudadanos* tiene el merito de adentrarse en el difícil y poco explorado campo de la “nacionalización de masas” por parte del Estado en España. No obstante, demasiadas preguntas quedan por contestar en un trabajo donde prima la narrativa sobre el análisis histórico.

**Alejandro Quiroga**

**Abdón Mateos, *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, 268 pp., ISBN 84-9742-393-3.**

Suelen lamentarse los mexicanos, cuando no de la altanería, del desinterés con que los españoles han observado la historia de las relaciones entre España y México desde la independencia. A pesar de lo paradójico del descontento, no les falta razón. La diferencia entre el número de obras que abordan esas relaciones publicadas por hispanomexicanistas de origen estadounidense o mexicanos frente a las de historiadores españoles resulta sustancial. Eso nos

permite conocer relativamente bien la perspectiva mexicana de unos contactos que nunca fueron fáciles, cuando aún queda mucho por saber sobre la visión de aquellas relaciones desde esta orilla. En este sentido, el libro de Abdón Mateos viene a compensar esa falta, y lo hace, además, con un magnífico planteamiento y con una variedad y cantidad de fuentes abrumadora.

Por otra parte, podría dar la impresión de que esta obra constituye un aporte más en la profusa bibliografía sobre el exilio español en México. Sin embargo, es mucho más. Abdón Mateos pretende responder a un interrogante que planea sobre el trabajo de cuantos han estudiado los primeros momentos del exilio español en México: ¿pudo ser aquella una emigración masiva y no lo fue? De ser así, ¿cabe alguna responsabilidad concreta? Para responder, el autor intenta encontrar las claves que expliquen la posición de México y de España en los primeros y confusos momentos del exilio. Y para hacerlo no reconstruye la historia de las relaciones diplomáticas, económicas o culturales entre los dos países, o al menos no sólo eso, sino que analiza el trasunto de las mismas a través del juego de relaciones entre los políticos e intelectuales del México posrevolucionario y los republicanos españoles. Respondiendo, de paso, algunos de los interrogantes que forman parte ya de la mitología sobre este tema, como la historia del *Vita*, los fondos manejados por la SERE y por el JARE, las posibles preferencias a la hora de repartir los fondos, o la selección de los refugiados embarcados desde Francia hacia México en razón a la afinidad ideoló-

gica por parte de los representantes de este país.

Para todo ello, maneja con soltura una impresionante cantidad de archivos públicos españoles y mexicanos y, lo que resulta más enriquecedor, también privados. Con éstos consigue desentrañar la trama de contactos personales, relaciones, filias y fobias de políticos y personalidades de la cultura mexicana con sus correligionarios españoles. Algo que explica muy bien el porqué de muchas reacciones y posicionamientos en los momentos de confusión que van desde el final de la guerra civil española, a la creación de los primeros gobiernos de la República en el exilio.

Para entender la actitud de México hacia la República se adentra en un camino que comienza en la década de los veinte, cuando en España políticos e intelectuales, republicanos sobre todo, tenían la mirada fija en una revolución que parecía el cumplimiento de su ideal soñado, por su anticlericalismo, por la reforma agraria, etc. Los mexicanos suelen presumir que España y México comparten historias paralelas, pero desacompañadas, como si de hermanos siameses se tratase. En este periodo ésa metáfora tiene mucho sentido, pues los españoles se miran en México para criticar los males propios y encontrar soluciones en el ejemplo ajeno. Casi por primera vez desde la independencia, los españoles se interesan por México, más durante la dictadura de Primo que durante la República misma, y a raíz de ese interés nace un vínculo inquebrantable entre intelectuales y políticos republicanos y mexicanos, nutrido con numerosos viajes en ambos sentidos. No puede extrañar, pues, la suerte de identificación íntima, personal, entre

políticos e intelectuales mexicanos y aquella República que les parecía la última de las colonias, empeñada en desbarazarse la España eterna e imperial. Es esto lo que permite entender las posturas de los mismos políticos e intelectuales cuando el sueño termina en pesadilla.

Para explicar esa maraña de relaciones personales e institucionales, el autor une sabiamente biografía y política y repasa el contacto de ministros, presidentes e intelectuales mexicanos con la España republicana y, como fondo, su posición ante temas siempre espinosos en México como la hispanofilia, el indigenismo, la hispanofobia y el surgimiento de un nuevo hispanismo de corte liberal con el que los mexicanos podían identificarse sin complejos históricos. Por otra parte, apunta dos interesantes contradicciones en este capítulo. En primer lugar, que los contactos España-México eran mucho más personales que institucionales. Al menos para el caso socialista, esas relaciones preferentes no se tradujeron en una relación preferencial entre los partidos o fuerzas sindicales de los dos países. En segundo lugar, a pesar de todo, no parece que los miembros del Frente Popular contemplasen con entusiasmo el pasar su exilio en la tierra de aquella revolución mitificada en los años veinte. Muy al contrario, la vida en México les resulta algo decepcionante. Y eso, a pesar de la autocensura que en sus manifestaciones sobre la política mexicana se imponen y les imponen cuando llegan a aquel territorio y de que, al final, terminan incluso convencidos de que aquel es el mejor régimen para México.

El autor explica bien cómo al estallar la guerra aquellas relaciones preferentes, oficializadas durante la República, se ponen a prueba en unos momentos en los que la solidaridad hubo de enfrentarse a una opinión pública dividida, cuando no hostil, a la llegada de los refugiados. Y cómo, por otra parte, la división interna en el bando republicano durante la contienda obligó a posicionarse a aquellos mexicanos de quienes, poco después, dependería el asilo de los españoles, engrosando lo que serían las filas negrinas y prietistas en el exilio.

Del enjambre de nombres de personalidades que están detrás de la postura mexicana durante y después de la contienda fratricida, Mateos glosa dos figuras con especial interés, las de Lázaro Cárdenas e Indalecio Prieto, estudia magníficamente la relación de afinidad entre los dos líderes y cómo la misma terminó siendo determinante en la política mexicana hacia los refugiados. El Presidente se sentía un hombre de la izquierda nacionalista, liberal y agrarista. Prieto era socialista, liberal, antiestalinista y moderado. Esa afinidad les permitió mantener una relación privilegiada en unos momentos en los que la confusión, la carencia de medios, la improvisación y la división interna, marcaron el itinerario de la evacuación de los españoles hacia América. Algo que el autor analiza con lujo de detalles, aportando numerosos datos, desde los fondos con los que contaban las dos organizaciones rivales y su origen, a la historia de las disputas y desconfianzas mutuas. Todo ello permite hablar de un fracaso del exilio español en México, si atendemos al número de exilados que llegaron a instalarse en aquel territorio,



a la forma en que se llevó a cabo el proceso, incluso a las dificultades de adaptación. Las razones de ese hipotético fracaso si comparamos con lo que podría haber sido y no fue, están muy bien explicadas por Mateos, quien salva la figura de Prieto hasta el final, pero aportando argumentos.

Entre las razones del fracaso el autor analiza desde las dificultades de tipo económico y las derivadas del estallido de la guerra mundial, a la diferencia de matiz político de los gobiernos que siguen a Lázaro Cárdenas. Pero, sobre todo, interesa la diferente perspectiva política de Negrín y de Prieto, como principales protagonistas de esta historia. Para el primero, el objetivo último era evacuar a México al máximo número posible de refugiados, sin pensar en su sostenimiento e instalación en aquel territorio. La del segundo, tal vez más reflexionada, sostenerlos en Europa y África el máximo tiempo posible y al mayor número, dadas las dificultades para instalarlos en México. El líder socialista se resistía, sobre todo, a gastar los fondos del JARE en los embarques hacia América, cuando eran muchos los españoles en territorio francés que podían sobrevivir con el coste de los mismos, temía el futuro de la recuperación de la República si la mayoría de los republicanos terminaba mexicanizándose y, finalmente, no perdía la esperanza de llegar a un acuerdo con la España nacional sobre la base del regreso de los exiliados y la ausencia de represalias. De ahí que él prefiriese una salida selectiva, algo que parecía además concordar con lo que México necesitaba.

El profesor Abdón Mateos no sólo justifica las gestiones de Indalecio

Prieto en el espinoso asunto de las salidas de los refugiados durante y después del mandato de Cárdenas, sino que estudia la posición de aquél en los primeros años del exilio, cuando Ávila Camacho llega a la Presidencia. Analiza pormenorizadamente la difícil evolución de las salidas desde Francia, demostrando cómo en un país tan presidencialista como lo era México la personalidad que ocupase el poder era determinante para entender la evolución de las relaciones exteriores. Estudiaría, además, la incursión del gobierno mexicano en los fondos del JARE cuyas causas, como bien explica el autor, tuvieron poco que ver con una supuesta mala gestión de los mismos. Posteriormente, analiza el camino que comienza con la defensa de la República española en la Conferencia de San Francisco, con ayuda de la diplomacia mexicana, y culmina en la reunión de las Cortes Españolas en México y la formación del primer gobierno en el exilio.

Mientras eso ocurría, Ávila Camacho, con una sensibilidad muy diferente y sin duda contradictoria hacia el tema español, inauguró el camino de la utilización de la República española por parte de México, convertida en parte del legado político mitificado del régimen posrevolucionario de Lázaro Cárdenas. En este sentido, el autor termina planteando la convivencia, tan paradójica como el propio México, de unas relaciones oficiosas con Franco, que permitieron desde 1947-1948 un intercambio cultural y económico regular, junto al mantenimiento inquebrantable de la defensa de la legitimidad republicana, corroborado en múltiples homenajes y actos a lo largo de esos años,

hasta 1977. La República terminó siendo patrimonio de la cultura política mexicana, un símbolo revolucionario tan importante como la expropiación petrolera, con el que resultaba aconsejable no romper. Aquel fracaso para España, terminó convertido en un éxito de México.

Así termina una obra fundamental para la historiografía de las relaciones entre España y México y del exilio, un trabajo bien hecho, serio y modélico por la cantidad y variedad de fuentes utilizadas y por lo acertado de su planteamiento.

**Inmaculada Cordero Olivero**

**Julio Prada Rodríguez, *Ourense, 1936-1939. Alzamento, guerra e represión*, A Coruña, Edicions do Castro, 2004, 672 pp., ISBN 84-8485-157-5.**

En estos últimos años una gran parte de los historiadores contemporáneos españoles han desviado su mirada investigadora hacia la guerra civil. A pesar de la repercusión mediática del tema, y de otras razones propias de la coyuntura política del Estado, en el contexto de la historiografía europea se produce un retorno en la mirada hacia el individuo. La etapa del análisis de los partidos y organizaciones políticas, de las cifras y del número como último recurso para explicar un contexto histórico tiene claros síntomas de agotamiento, y en su relevo surge la búsqueda de la percepción, del sentimiento, de lo íntimo.

En este contexto hay que incluir el interés por la memoria. Esta acepción

no debe ser traducida como un equivalente de la historia, pero debemos tener en cuenta que complementa nuestro trabajo. Es más, en determinadas circunstancias, su búsqueda se convierte en base de nuestras investigaciones. El período que estudia Prada forma parte de ese mundo, de esa percepción sobre el conflicto bélico que dividió a la sociedad española en dos mitades, en dos Estados, y cuyo recuerdo de violencia fue mantenido institucionalmente durante casi cuarenta años de sistema dictatorial —que no es accesorio: casi la mitad del siglo XX español—. Esta dramática experiencia fue borrada en los años setenta en un ejercicio de catarsis comunitaria para frenar la tesis de que las comunidades que conformaban el Estado español eran incapaces de convivir y de trabajar en un futuro común.

De la voluminosa y exhaustiva Tesis Doctoral presentada por Julio Prada, el profesor de la Universidad de Vigo extrae una parte en esta publicación. Como él mismo indica es su trabajo más comprometido en la reparación moral de las víctimas del conflicto armado. De ahí la exhaustividad y su intenso acercamiento a los sucesos, que en ocasiones bordea el límite imaginario entre memoria e historia. Prada aborda la multiplicidad de dramas particulares ocurridos y se acerca a lo concreto, a lo vivencial, a ese pulso vital que falta en la documentación oficial, pero que en contrapartida observamos una obra reiterada y con ciertas dificultades desde el ámbito de la comunicación. Falta esa explicación general, esa 'digestión' previa que nos dirija a sus argumentos, que en ocasiones introduce, pero entre el desarrollo de relatos particulares.

Como indica el autor es cierto que hay elementos del período que han sido insuficientemente tratados. Hay apartados cuyo nuevo enfoque nos permite interpretar de otro modo aquellos años marcados por la violencia. Uno de ellos es la naturaleza mayoritariamente militar del golpe, con cierto apoyo civil variable según zonas, pero de base militar. Este elemento no es anecdótico porque marcará el rumbo de las futuras décadas.

El mito de la Galicia reaccionaria, que apoya de manera rápida el golpe, también se desmorona tras la lectura de estas líneas. La lealtad de algunos cuerpos concretos como el de Carabineros hacia el régimen legal imperante en la mayoría de Galicia fue ejemplar. Pero también hay la otra cara de la moneda, incluso de otros cuerpos militares no directamente implicados en la trama golpista previa, que se mostraron sigilosamente colaboracionistas en aquellos cruciales primeros momentos. La indefinición sobre el resultado final del golpe en estas primeras horas provoca la postura indecisa de los militares sublevados sobre las autoridades políticas ourensanas. La colaboración de la sociedad civil conservadora ourensana en la represión fue señalada en la memoria de la comunidad —y también en buena parte de la documentación aportada por Prada— como la culpable. Prada nos habla de las complejas relaciones de ese micromundo *ourensán*, no siempre vinculadas a cuestiones de carácter ideológico.

Uno de los elementos que mejor expresan este grado de sintonía de ciertos sectores civiles con el golpe es la creación en los núcleos urbanos gallegos de los llamados 'Caballeros', desde

el primer momento núcleo de las brigadas encargadas del proceso represivo. Por que otro mito que se desmonta a la luz de los nuevos archivos consultados es el de las denuncias *anónimas*. Un 90% de las denuncias de las Causas de los Tribunales Militares tienen nombres y apellidos, detonación que permite encausar —y condenar posteriormente con dudosas garantías jurídicas— a buena parte de los represaliados.

Es curioso también como el imaginario colectivo reconstruye interpretaciones de la realidad que son muy difíciles de borrar de la memoria. Prada alude, por ejemplo, en la página 155 a la creencia durante esos días de que había un depósito de armas secreto recuperado por los falangistas. Curiosamente esta narración se repite en el recuerdo de los días de la sublevación militar en la mayor parte de los núcleos urbanos gallegos, parte de un mecanismo de defensa mental entre los grupos sociales amenazados ante el éxito rotundo del golpe en pocas horas. Éxito que, por cierto, la memoria popular achaca a la imprevisión y a las dudas del Ministerio de Gobernación y de los Gobernadores Civiles. *La consigna era no provocar*. Esta frase, recogida de un testimonio del libro (pag. 48), identifica cual fue la estrategia del Estado ante las noticias de la sublevación de tropas en Marruecos. En un ambiente social y políticamente tan crispado como el de la primavera y verano de 1936, con el altavoz de reacción que supuso el asesinato de Calvo Sotelo pocas horas antes del 17 de julio, la única defensa efectiva sólo podía proceder de la cesión de armas a los sindicatos, fuertes en número y voluntariosos, pero que también tenían en el Estado republicano a uno de sus ene-

migos. Que se podía esperar de defensa de un régimen republicano que cediera la fuerza gubernamental a dirigentes como el anarquista José Moreno Torres que, en el mítin de la Plaza de Toros de A Coruña realizado inmediatamente después de conocida la sublevación, manifestaba que había que salir a la calle a coger armas, *como coger el pan en una panadería*. No, la solución no era fácil. Por que nos encontramos con un gobierno que ni sus propias fuerzas de orden apoyan su estabilidad y continuidad. Luego sí, está el elemento civil, incluso las organizaciones políticas –JAP, Falange...– pero lo auténticamente decisivo del golpe fueron los elementos armados, es decir, hacia que bando oscilaba la fuerza: el Ejército.

Prada también defiende que la represión *paralegal*, es decir, la no institucionalizada a través de los Tribunales Militares, superó con mucho a la *legal*. Desde finales de julio la represión adquiere proporciones brutales, nunca vistas en territorio gallego, sólo documentadas en los registros civiles en sus páginas de *desconocidos*. Ante la profusión de datos, fechas y nombres sería de enorme utilidad un índice onomástico.

Detrás de esta obra hay un notable esfuerzo investigador. Sin embargo, creo que hay un excesivo interés por el número, intención que él mismo constata (pag. 571). Sorprende también que sus conclusiones sólo lleven, después de un resumen a modo de gráficos y cifras, poco más de una página (pags. 586-587), o la ausencia de citas de las propias fuentes, imputable sin duda a la extensión de la obra y la intención de exhaustividad. Todos sabemos el inmenso trabajo que hay detrás de la in-

vestigación de Prada, y reconocemos esta obra como indispensable para el estudio de la represión en Galicia.

**Emilio Grandío Seoane**

**Xavier Moreno Julià, *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2004, 553 pp., ISBN 84-8432-574-1.**

La significación histórica de la oficialmente bautizada como División Española de Voluntarios es para muchos aún hoy en día un enigma, ahondado, como planteaba el autor en la presentación pública del libro, por la marginalidad de un tema tradicionalmente alejado de los intereses científicos. Por el contrario, y pese a su relativamente corta existencia –no así sus secuelas– sigue siendo una cuestión de difícil asimilación social y sigue suscitando polémica allá donde es citada.

Precisamente esta obra, profunda revisión y actualización del fenómeno divisionario vinculado a un régimen que impulsó su nacimiento e hizo lo imposible por conseguir su desaparición y olvido, viene a cubrir sus lagunas, a reconsiderar muchos de sus tópicos y, con un amplísimo bagaje de consulta documental inédita, a dar con las claves de sus antecedentes fundacionales, del porqué de su génesis y su evolución, de su final y sus acólitos. Todo ello en imbricación permanente con el panorama político nacional e internacional. En este sentido, resulta extraordinariamente novedoso y enriquecedor conocer el papel que jugaron en todo este proceso las embajadas alemana y británica, y en menor grado la norteamericana: los pormenores de sus

interrelaciones, los diversos acontecimientos vistos a través de los ojos de los diplomáticos de las distintas legaciones, las estrategias de sus representantes y sus actitudes ante los diversos posicionamientos del régimen durante la guerra, el espionaje, el volumen y carácter de la información que manejaban, su influencia en los medios escritos, etc.

El autor caracteriza la unidad mediante tres rasgos básicos: visceralmente anticomunista, estabilizadora y desestabilizadora del régimen, e hija del falangismo de posguerra. Aunque raramente comentado, Moreno se muestra convencido que la idea de crear un contingente de voluntarios falangistas surgió antes de la invasión de la Unión Soviética por parte de Alemania, el 22 de junio de 1941. En esta tesitura era conocido el declive de Serrano Súñer, que supo sacar todo el jugo a la invasión en su favor aunque no por mucho tiempo, siendo reconocido como el encargado de materializar la unidad militar. Materialización, ésta, que vino a revivir los tan llevados y traídos acuerdos entre Falange y Ejército. Intereses encontrados en sus respectivos intentos por monopolizar el control de una división que, como se exaltó eufóricamente desde su inicio, iba a continuar la lucha anticomunista emprendida durante la guerra civil, a la vez que sellaba un nuevo compromiso bélico con Alemania que, a la par, vendría a cancelar la deuda pendiente con Alemania desde la misma guerra civil.

Respecto al proceso de reclutamiento, con variables circunstanciales en todo el territorio español y un sinfín de particularidades, el autor pone en liza algunas cuestiones a tener en cuenta y relativamente desconocidas.

Nos referimos, por ejemplo, a la falta de interés, cuando no hostilidad manifiesta, que hubo en muchos casos hacia la unidad, que la mayor parte de la bibliografía ha obviado. O el proceso de depuración acaecido en el seno de Falange, implicando a aquellos que se negaron a alistarse, los conflictos con el carlismo, o la presencia en las filas divisionarias de voluntariado extranjero: rusos, bielorusos, ucranianos, marroquíes, ex militares zaristas ex combatientes de la guerra civil, etc. Que, junto con la diversa extracción social de voluntarios españoles y sus diversas motivaciones, daban a la unidad el carácter de crisol de la realidad sociopolítica y étnica de España que le adjudica Moreno.

En el bosquejo del perfil de sus componentes, el autor afirma que la unidad encontró su soporte ideológico en las clases medias urbanas y los jóvenes estudiantes, aunque la reconoce como unidad de voluntarios y forzados. De hecho, a la evolución del componente ideológico de la División Azul bien puede aplicársele, como hace el autor, la metáfora de que su color azul se fue desteñiendo, en parte a causa de recurrir sistemáticamente desde finales de 1942 al encuadramiento forzado de soldados «ante la negativa generalizada de la tropa a marchar al frente ruso» (p. 99).

Temas algunos de ellos conocidos, pero que el autor en muchos casos consigue documentar fehacientemente por primera vez y ahondar en ellos. Sin olvidar muchas de sus contradicciones, como el rápido período de instrucción en un campamento de Baviera, que fue seguido por el extenuante trayecto hacia el frente de 53 días a pie, que a la

postre, agravó el desánimo de la tropa, al verse desposeídos de su meta, Moscú, para dirigirse al norte, al frente del Voljov. Y es que inicialmente la mala prensa originada por el comportamiento de sus componentes, poco dados a seguir la estricta normativa alemana, hizo desconfiar a los altos comandantes sobre su potencialidad real en el campo de batalla, aunque pasados los primeros meses de frente los esfuerzos de la División Azul revertirán en la misma con un claro aumento de su prestigio.

Con la unidad ya en el frente, asistimos a un pormenorizado repaso tanto de la evolución de la Segunda Guerra Mundial como de los avatares bélicos y las operaciones en las que participó división española entre 1941 y 1943, salpicados con las dificultades de la vida en el frente como el difícilmente soportable frío o las irregularidades en el suministro. Sin perder nunca de vista la actuación de su primer responsable máximo, el germanófilo Agustín Muñoz Grandes (a quien Franco relevó por Emilio Esteban-Infantes y consiguió, no con muchas dificultades, socavar de poder y protagonismo) y su peligrosa proximidad a los máximos resortes de poder del Tercer Reich.

Campanas militares de lado, la obra acierta también en analizar qué pasaba lejos del campo de batalla, qué consecuencias conllevó la actividad divisionaria y sus secuelas en su país de origen, así como qué acontecimientos gestados en éste hacían variar su rumbo. Una red de causas-efectos que configuran un esclarecedor retablo sobre el desarrollo de la política española en los planos nacional e internacional. Nos adentramos, entre otros aspectos, en el concurso de

Sección Femenina al lado la iniciativa divisionaria, a la entrada en escena de las enfermeras de la unidad, al malestar social generado por la poca información de primera mano que llegaba desde el frente (mientras prensa y radio eran constantemente mediatizados por los intereses del régimen), a las gestiones para enviar trabajadores a Alemania o a la actividad colaboracionista de la Iglesia. E incluso se nos desvela la sensación de abandono expresada ya por muchos divisionarios desde los primeros relevos, cuando se encontraron, especialmente en Cataluña y el País Vasco, inmersos en un ambiente de frialdad, hostilidad y rechazo laboral.

Visto el cambio de signo de la guerra, junto con las presiones aliadas, dieron inicio las delicadas gestiones para conseguir la repatriación de la unidad, aunque, para evitar que Alemania se sintiese excesivamente molesta, se llegó al consenso de dejar una unidad menor, la Legión Azul, que a su vez tuvo como epígono el capítulo de los luchadores clandestinos hasta el final de la guerra; cuestiones ambas sobre las cuales reflexiona el autor ampliamente. En cuanto a la Legión, Moreno la tilda de «parche», pues en ella abundaron como nunca antes «desertores en potencia y desmotivados» (p. 191). Y respecto de la lucha clandestina, arroja luz sobre una cuestión escasamente tratada desde el ámbito científico y que seguía creando controversias sobre quiénes tomaron parte en ella, mediante qué mecanismos se imbricaron en la lucha — plantea la colaboración del Frente de Juventudes en el reclutamiento allende de las fronteras españolas— o su papel, por ejemplo, en la defensa de Berlín.

Con un coste humano cuantificado en un 56% de bajas (fueron unos 45.000 los hombres que pasaron por las filas de la División Azul), las consecuencias de la aventura anticomunista son diseccionadas por el autor mucho más allá de su final oficial, presentándonos paulatinamente nuevos protagonistas: retornados por desafección (mayoritariamente republicanos alistados para congraciarse con el nuevo régimen o pasarse a las líneas enemigas), desertores (mayormente desconocidos por la historiografía) y los prisioneros. Según sus cálculos, unos cuatrocientos fueron apresados, quedando en una infinidad de campos esparcidos por la URSS, olvidados por el régimen entre nueve y quince años. Al relato de las características del oscuro capítulo del cautiverio, donde «el maltrato que peor soportaron fue el infligido por sus compatriotas, ya fueran desertores, presos convertidos a la causa soviética o republicanos exiliados» (p. 325), le sigue el episodio de las repatriaciones de mediados de los cincuenta, con la Guerra Fría como telón de fondo, y las profundas dificultades de los excautivos para reintegrarse a la vida civil. Del repaso a las prestaciones asistenciales percibidas por los combatientes por parte española y alemana llegamos al desglose del precio económico de la división, mayoritariamente sufragado por parte española. Respecto a los emolumentos destinados a los divisionarios, «para miles de españoles de extracción social humilde fue un considerable respiro para sus maltrechas economías, en una época de pobreza generalizada y de draconianas restricciones al consumo» (p. 363).

Por último, es imprescindible reseñar la amplitud de los apéndices, así como volver a mentar la riqueza y diversidad de fuentes documentales que se conjugan en la obra (españolas, alemanas e inglesas, aunque no las rusas), trabajadas por Xavier Moreno durante más de diez años. Todo ello se completa con un amplísimo aparato bibliográfico que, juntamente con las aportaciones orales prestadas por algunos de los protagonistas de los hechos, hacen de la obra mucho más que un “botón de muestra” sobre una unidad militar intrínsecamente ligada a los avatares del régimen franquista, sino que la convierten en una obra de referencia y exponente historiográfico difícilmente superable.

**Carme Agustí Roca**

**Pablo Gil Vico, *La noche de los generales. Militares y represión en el régimen de Franco*, Madrid, Ediciones B, 2004, 348 pp., ISBN 84-666-1441-9.**

**Gonzalo Acosta; José Luis Gutiérrez; Lola Martínez, y Ángel del Río, *El canal de los presos (1940-1962). Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica*. Barcelona, Crítica, 2004, 448 pp., ISBN 84-8432-537-7.**

*La noche de los generales* y *El canal de los presos* vienen a aparecer en un momento —desde hace unos cuatro años— en que el cada vez mayor conocimiento sobre la violencia franquista y la de-

manda de “memoria vencida” dan pie para que convivan en el mismo espacio investigaciones y refritos, divulgación consciente y negocio puro y duro. La Guerra Civil vende. Su creciente presencia en medios, política y sociedad genera demanda. Y las editoriales apuestan por títulos relacionados con la historia de los vencidos y con los mecanismos de la violencia desplegada por los vencedores, a sabiendas tal vez de que no siempre se está ofreciendo un producto serio, fruto de una dilatada investigación. Gentes de diferentes raleas se ponen los paños del historiador, cuando no es este último el que cambia sus hábitos, para escribir libros sin aporte histórico, documental o interpretativo alguno sobre el período, solamente porque existe demanda, aunque con ello se pierda por el camino el rigor necesario al acercarse a temas tan dolorosos como el de la represión franquista. Por ello, se hace más que necesario separar la paja del trigo. Y, así, lo primero que debe señalarse es que ambas obras son investigaciones sólidas y bien documentadas que, de hecho, merecen una lectura detenida. No se trata de libelos intertextuales sobre «el miedo en la posguerra» u otros temas de parecido jaez y eso, de entrada, supone casi una novedad en el panorama libresco de los últimos meses. Así, aunque no siempre se esté de acuerdo con sus posturas y aunque puedan detectarse algunas lagunas en sus bibliografías, se trata de sendos estudios rigurosos que desentrañan los métodos de actuación de los tribunales militares durante la guerra civil y la posguerra, la violencia franquista y los trabajos forzados, poniéndolos en directa relación con la construcción y arti-

culación del poder del general Franco, su afán por eliminar la disidencia, y su voluntad de permanencia.

Entrando en materia, y dejando de lado un innecesario preludio sobre el «significado de la memoria», el primer tema que Gil Vico afronta con buenos resultados es el del concepto de legitimidad y su enorme importancia para entender las fases de la violencia política estatal del régimen de Franco. Y es que, como se anuncia rápidamente, el libro «se sustenta sobre la idea de que la jurisdicción militar sirvió para la represión expeditiva (...) del enemigo político y, al mismo tiempo, se utilizó con la intención de allanar el camino [de revestir a Franco] con el ropaje del poder legítimo» (p. 17). Ya de entrada, por tanto, se observa una tendencia a acercarse a elementos de clave cultural y moral (como la pretensión sublevada de encarnar las verdaderas patria y justicia) para entender el calado de la brutal violencia ejercida por los militares sublevados en 1936. Se trata, por tanto, de un análisis de la articulación retórica de la supuesta legitimidad de la violencia estatal, canalizada a través de cauces, en principio, legales o reglados. Y, de tal modo, eso le sirve para centrar su estudio en la implicación de la jurisdicción militar como empleo «reglado» de aplicación de un modelo estatal de violencia política, en contraposición a un empleo de la «fuerza no reglada» que caracterizó los primeros compases del conflicto armado en las retaguardias franquistas. La clave para comprender los tribunales militares franquistas está, por tanto, en la retórica legitimadora, en la acción estatal y en su carácter reglado.



Aunque esto plantee una primera duda, entre otras cosas, porque esa violencia no reglada tal vez no lo fuera tanto. Aunque no respondiese a un modelo de aplicación estatal (acostumbrados como estamos a dotar al Estado de la legitimidad de la acción violenta), lo cierto es que también la violencia de primera hora, la del golpe de Estado en las zonas donde éste triunfó en julio de 1936, fue revestida de retórica legitimadora. Y, además, el que aún constituidos los tribunales militares se siguiese asesinando extrajudicialmente da que pensar acerca de la intencionalidad (y posible reglamentación) de esa violencia que algunos han venido a denominar «caliente». ¿Acaso se abandonó el procedimiento de las “sacas” con la instauración de la justicia militar? Muchos son los testimonios y los documentos que lo niegan, por más que los “paseos”, efectivamente, fuesen en teoría más un método de violencia de golpe de Estado que de guerra civil. La realidad de la España de 1936-1948 (inicio y fin, respectivamente, del estado de guerra decretado por los sublevados), por desgracia, superó ampliamente la teoría.

No obstante, el objeto de la investigación de Gil es la «justicia vigilada por un consejo de generales» (y bendecida con los hisopos) que durante la guerra no se rigió por los preceptos del derecho, el perdón o la redención, sino por los de la severidad y velocidad (p. 58), por el precepto del castigo colectivo. Tomando como base la documentación del Tribunal Supremo, traza una visión del modelo represivo franquista que, ya desde 1937, considera de carácter estatal. Esto, sin embargo, también da pie a algunas cuestiones. ¿Puede considerarse

estatal o es más bien, digamos, paraestatal, la violencia política ejercida en medio de un proceso de guerra civil, con dos poderes pugnano por el mismo control territorial? La diferencia puede parecer nimia pero de hecho no lo es, puesto que no es lo mismo aplicar una “legitimidad” represiva sobre toda una entidad política estatal, cuando todo un aparato ejerce sin pugna su control sobre un territorio, que rivalizar por hacerlo. Que los juicios sumarísimos deportasen al bando sublevado una pátina supuesta de legalidad no es lo mismo que existiese, efectivamente, un Estado detentador del ejercicio de la violencia. Así, carácter estatal de la represión desde 1939 es incuestionable, pero no el de 1937 (no se debe dar por descontada la victoria franquista de 1939 al estudiar los fenómenos de 1937) lo que tal vez pueda dar alguna pista para entender la ferocidad con la que la violencia política fue ejercida por los cauces legales de los tribunales militares: la disputa por la legitimidad del poder sobre un mismo territorio contra un directo competidor es lo que ayuda a explicar los fenómenos de violencia en las guerras civiles.

Un canal, nunca mejor dicho, para demostrar el carácter legítimo de la violencia franquista fue el de la utilización de prisioneros de guerra y presos políticos en la tupida y espuria red de trabajos forzados. Y, posiblemente, el trabajo más completo publicado hasta la fecha en torno a ese tema sea el dedicado a la construcción, por parte del Servicio de Colonias Penitenciarias Militarizadas, del Canal del Bajo Guadalquivir. Con la perspectiva de ser un trabajo comenzado en 1940 —sin que existiese, por tanto, disputa por la legi-

timidad sino, directamente, represión estatal, castigo colectivo—, este interesante (pero desigual) libro se adentra en profundidad en la historia del Servicio, de la construcción del canal y, lo más complejo y logrado, del recuerdo individual y colectivo de la misma. Aunque también con algunas cuestiones abiertas, ligadas directamente a la heterogeneidad de los textos que forman el libro y a la doble funcionalidad, crítica y cívica, de esta compleja investigación: por un lado, el rigor teórico y conceptual que demuestran sus autores no es compartido, salvo en el caso de A.M. Bernal, por los prologuistas. Por otro lado, el aspecto de aprendizaje cívico que acompaña al deseo de sus autores hace que en algunos momentos, como en la introducción, se carguen excesiva e injustificadamente las tintas “contra” el proceso de transición democrática, contra una supuesta historiografía “oficial” actual, contra la universidad (debería acotarse la crítica a la que realmente quiere criticarse) y a favor de un supuesto carácter “subversivo” de la memoria frente al “legitimador” de la historia (algo equivocado, puesto que también la memoria es un factor de legitimación retroactiva).

Cuestiones estas de estilo que, sin embargo, no merman un ápice de la valía de este trabajo colectivo. Irregular en la explicación de la articulación normativa de la represión franquista, bueno en la del sistema de redención de penas por el trabajo, y excelente en la del Servicio de Colonias Penitenciarias Militarizadas, cuya obra máxima fue precisamente el Canal de los Presos, el libro se adentra con gran soltura en los aspectos históricos, sociológicos y antropológicos de la modalidad de traba-

jos forzados de la violencia “legítima” franquista. Aunque en algunos momentos el texto se haga cansino (la proliferación de detalles técnicos del proyecto es menos interesante que las vivencias personales de sus trabajadores), los aspectos organizativos de la 1ª y 6ª Agrupaciones del SCPM, el análisis de la adscripción sociopolítica de los penados trabajadores y, sobre todo, las páginas dedicadas a la represión cotidiana en los tajos y los campamentos o «campos de trabajo», elevan el rango de este libro a una investigación detallada y completa, que no olvida la función social de las mujeres, esposas, madres y hermanas de los presos, en la construcción de redes dedicadas a pequeñas y grandes resistencias cotidianas frente a la imposición.

Con el Canal de los Presos se convirtieron tierras casi yermas en latifundios de regadío, pagándose indirectamente el apoyo a la sublevación de 1936 de los propietarios de las tierras. Se castigó a los «rojillos» para que aprendieran «a no insultar a los señores», aunque éstos y sus familias mantuviesen intacto su canal habitual de resistencia, la integridad. Y, esta vez sí, todo ello mediante la imposición de un aparato estatal de represión y coerción, exclusión y transformación que, mediante fuentes oficiales o con fuentes orales, es desentrañado con toda su crudeza en estos dos libros, valientes en sus argumentos, que acercan a la realidad de una dictadura de violencia legal convertida retóricamente, a través de la demonización del enemigo, en legítima.

**Javier Rodrigo**

**Ricard Vinyes, *El daño y la memoria. Las prisiones de María Salvo*, Barcelona, Plaza y Janés, 2004, 201 pp., ISBN 84-01-53070-9.**

Dieciséis años dan para mucho. La trayectoria cívico-política de María Salvo anterior a su detención en 1941 y el hecho de haber “vivido” durante dieciséis años en prisión han convertido a esta mujer en una gran conocedora del universo carcelario franquista. Es por ello que Ricard Vinyes ha utilizado su experiencia como hilo conductor para dar a conocer los efectos del universo penitenciario franquista sobre una persona encarcelada. De esta forma, el autor ha querido completar la investigación de *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas* (2002). Dicho libro constituyó un hito fundamental en el estudio de la prisión política, describiendo una industria destinada a doblegar y transformar a los opositores de la dictadura. En *El daño y la memoria* el autor retoma algunos de los planteamientos de *Irredentas*, pero centrándose en la vida en el interior de la prisión y en lo que representaba la excarcelación para una presa política.

Según Ricard Vinyes, la presente obra, pese a describir la trayectoria de María Salvo, nace con escasa vocación biográfica. Como ya hizo con *El soldat de Pandora. Una biografía del segle XX* (1998), ha estudiado a una persona que resultaba histórica por su actitud frente al mundo que le tocó vivir, no por su protagonismo en el desarrollo de unos determinados hechos. De esta forma, *El daño y la memoria* es un libro que oscila entre la biografía y la monografía histórica, una obra que permite acercarse a cómo se viven la prisión política

y sus posteriores consecuencias. Se trata de un diálogo entre María Salvo y el historiador, en el que la experiencia personal se combina con una explicación del contexto construida a partir de una importante base empírica y teórica. En este diálogo, conducido por Ricard Vinyes, se transluce la complicidad entre la testimonio y el autor, complicidad ya insinuada en el prólogo de *Irredentas*. En efecto, la experiencia penitenciaria de María Salvo fue esencial para entender el universo carcelario franquista. El diálogo entre historiador y testimonio ha permitido un mayor rigor que unas memorias, pero sin desdibujar a la persona sujeto del proceso histórico.

En *El daño y la memoria* el autor se sirve de una estructura narrativa que nos acerca a los mecanismos de la memoria. Utiliza saltos en el tiempo, resalta determinados episodios y, lo que es más importante, la explicación empieza mucho antes de la detención de María Salvo. Muchas presas políticas han reflexionado sobre su experiencia en la cárcel. Para que esa experiencia resulte inteligible, incluso soportable, necesitan un comienzo, adquirir la identidad política. María Salvo inicia su historia con la Segunda República, vivida en el seno de una familia de extracción obrera y valores de izquierdas. Durante la guerra, cuando tenía 16 años, se integró en la UGT y se convirtió en dirigente de las Juventudes Socialistas Unificadas. Tras la ocupación de Cataluña por parte de las tropas franquistas emprendió el camino del exilio francés, que finalizó con el retorno forzado a España, donde entró en contacto con el PCE e inició una militancia clandestina que se vio truncada por su detención en 1941.

María Salvo pasó por las prisiones de Les Corts (Barcelona), Predicadores (Zaragoza), Ventas (Madrid), Segovia y Alcalá de Henares. Por eso a través de ella podemos conocer lo que unía y lo que hacía diferentes unas cárceles de otras. La presencia de funcionarias o monjas, la dureza del régimen disciplinario o el hecho de pasar el día en el patio o en celdas eran algunos de los aspectos que podían cambiar la cotidianidad en una u otra prisión. Pero todas estas prisiones tenían algo en común: en los años cuarenta compartían hacinamiento, miseria y unas pésimas condiciones sanitarias, y no era por casualidad. El sistema penitenciario franquista utilizó la desposesión integral y las humillaciones para destruir la identidad política de las presas. Éstas intentaron sobrevivir a esa situación colectivamente y para hacerlo formaron las “familias”, grupos que integraban a presas que recibían ayuda material de sus parientes y amigos y a otras que no la recibían. Pero no era únicamente una cuestión de subsistencia. El objetivo era evitar sucumbir, perder la capacidad de rechazar el sistema. Las presas políticas constituyeron una sólida comunidad que les facilitó la supervivencia física y moral. Una comunidad solidaria pero a la vez intransigente, como María Salvo tuvo ocasión de experimentar en propia carne. Meses después de su entrada en prisión, un artículo de la publicación comunista *Mundo Obrero* denunció infundadamente la colaboración de María Salvo con la policía. Pese a que siempre tuvo compañeras que defendieron su inocencia, durante unos años fue rechazada por una parte importante de la comunidad.

Los años pasaron. Durante la década de los cincuenta se produjo una importante reducción en el número de presas políticas. Con la presente obra Ricard Vinyes hace una importante aportación en este aspecto desde el punto de vista objetivo, ya que las monografías sobre la prisión política de las mujeres hasta este momento raramente han estudiado más allá de los años cuarenta. Por otra parte, la experiencia de María Salvo, que salió de la prisión en 1957, permite acercarse a la percepción de las reclusas. La prisión en los años cincuenta les resultó incluso menos soportable que antes, puesto que la reducción del número de presas políticas había debilitado a la comunidad. Fueron mezcladas con las presas comunes, cosa que nunca se hizo con los presos políticos.

Para María Salvo y otras presas políticas la salida de la prisión resultó muy dura. Implicó dejar la vida que se habían construido dentro e integrarse en un mundo que les resultaba extraño, en el que la represión no permitía hablar y donde las personas que no habían pasado por la prisión política no podían entender su experiencia. El autor describe las dificultades de la biografiada para reestructurar su vida, porque quien había sido su compañero había formado una familia. Además, las torturas sufridas tras la detención la habían dañado hasta el punto de no poder tener hijos. Sin embargo, se casó con un hombre que también había sido encarcelado por sus ideas políticas y estructuró su memoria sobre la cárcel, a la que dio un sentido positivo. La trayectoria de María Salvo ejemplifica cómo las mujeres que sufrieron la prisión política tuvieron más dificultades

que los hombres al salir. Entre los factores que propiciaron este hecho encontramos el control social y que para una mujer resultaba más difícil reemprender la vida familiar. *El daño y la memoria* reconstruye muy bien estos aspectos, aunque no profundiza sobre un hecho aludido respecto a la estancia en prisión: la desatención de las organizaciones antifranquistas hacia sus militantes encarceladas. Al salir de prisión, tendieron a apartarlas de la actividad política. Algunas de estas mujeres la reemprendieron en los años sesenta y setenta, con la militancia en organizaciones como Comisiones Obreras o les *Comissions de Solidaritat*, que desde 1969 apoyaban a los represaliados políticos y a sus familias. Esto no significa que el autor haya omitido el tema, como muestra con un artículo en el anterior número de *Historia del Presente*.

En definitiva, Ricard Vinyes ha construido una sólida obra que permite comprender cómo vivieron las mujeres la prisión política durante los años cuarenta y cincuenta y entender las dificultades personales que encontraron tras su excarcelación. Así mismo, constituye un buen complemento de *Irredentas*, ya que nos explica la percepción de las víctimas del universo carcelario y los límites (y efectividad a extramuros) de esta industria creada para doblegar a los opositores del régimen franquista.

**Nadia Varo**

**José Álvarez Cobelas, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo**

**XXI, 2004, 416 pp., ISBN 84-323-1162-6.**

El presente libro es el resultado de una tesis doctoral elaborada durante casi diez años por José Álvarez Cobelas, profesor de instituto, y dirigida por Manuel Pérez Ledesma. Aborda un tema que está adquiriendo centralidad en los últimos años, el del mundo universitario e intelectual durante el franquismo, con síntesis generales de gran calidad, como las de Santos Juliá y Jordi Gracia, pero también con buenos estudios regionales, como el llevado a cabo por Benito Sanz Díaz sobre la Universidad de Valencia. Libros que llegan después de una década de cierto olvido historiográfico, pese a las prometedoras vías abiertas con la obra sociológica de Benjamín Oltra (1976 y 1978) y Ricardo Montoro (1981), las de Pablo Lizcano (1981) y Roberto Mesa (1982) sobre la generación y los sucesos del 56, la de Miguel A. Ruiz Carnicer sobre el SEU (1990) y, sobre todo, con el congreso *La universidad española bajo el régimen de Franco* dirigido por Carreras Ares y Ruiz Carnicer en 1991. Porque en los años sesenta y setenta nadie hubiera puesto en duda que la universidad encerraba las mayores energías en la lucha contra la dictadura y albergaba las mayores esperanzas de cambio en el futuro que se abriría tras la muerte del dictador.

El libro de Álvarez Cobelas comienza, como no podía ser menos, con los duraderos efectos de la represión franquista sobre la enseñanza media y la universidad, con cifras que lo dicen todo por sí solas: en 1939 sólo se reconocían como estatales 77 institutos y hasta 1946 sólo se abrieron seis nuevos, número que se mantuvo hasta 1960,

mientras que los centros privados pasaban de 802 a 910 entre 1946-1947, y al finalizar 1951 alcanzaban los 952 (p. 27). Por cada alumno estatal, en 1951, estudiaban cuatro en centros religiosos (la obra de referencia en este tema sigue siendo la de Gregorio Cámara Villar, *Nacional-Catolicismo y escuela*, de 1984). En la universidad la penetración falangista no fue mucho mayor, pues como ya señalaron Ruiz Carnicer y Jordi Gracia hace unos años, la fascistización consistió por encima de todo en una represión brutal que dejó numerosos vacíos —en ocuparlos rivalizaron falangistas y católicos, eso sí, unidos por un mismo ideal depurador— y que al final no hizo sino acentuar los rasgos más reaccionarios e integristas de la vieja universidad liberal.

A partir de ahí, Álvarez Cobelas traza un recorrido algo titubeante entre la tradición católica, la de los “selectos” de la ACNP, y la falangista, con experiencias como el Servicio Universitario de Trabajo (SUT), creado en 1950 por el padre Llanos e integrado en el SEU un año después y que enlazaba con una visión romántica del, en acertada definición, “buen obrero” (siempre y cuando se le sanara del “virus” del marxismo, claro). Esa mitificación del obrero supondría un punto de encuentro entre las culturas políticas falangista y católica en los años cuarenta y cincuenta y, a su vez, entre éstas y la izquierda marxista ya en los sesenta, aunque paradójicamente creciera en proporción inversa al aislamiento real respecto al mundo obrero. Es ésta una idea fundamental para comprender la evolución de muchos intelectuales universitarios después de 1956, aunque es una lástima que Cobelas no la haya

aprovechado en un análisis que flaquea en la interpretación. Esta carencia se hace aún más manifiesta en el estudio del tema central de la obra, la oposición de izquierda en la universidad, desde las primeras detenciones de miembros de la refundada FUE en 1946 a las intensas movilizaciones de veinte años después. El relato se hace aquí analítico-descriptivo en exceso, de hechos bien conocidos por otra parte, cuando la multitud de fuentes orales y escritas disponibles daba la posibilidad de ofrecer un retrato más matizado y sugerente de los jóvenes universitarios, de sus culturas políticas, de sus expectativas sociales e individuales, de sus expresiones culturales.

Tienen más interés las páginas en que Álvarez Cobelas profundiza ese retrato de las que podríamos llamar “generaciones universitarias” del 56 y del 68, a partir de las primeras encuestas sociológicas, como la realizada por José Luis Pinillos en 1955. En ésta quedaba ya de manifiesto el rechazo, cuando no simple desprecio, de los estudiantes hacia los dirigentes políticos, los militares y las jerarquías eclesiásticas; seis de cada diez tenían una actitud claramente disconforme con la sociedad del momento, el 65% declaraba posturas socializantes y el 85% se consideraba culturalmente liberal (datos que Laín utilizó, con poco provecho, para su conocido informe sobre la universidad). Si entonces más de la mitad se consideraba una generación sin maestros, el autor hace bien en recordar cómo diez años después, cuando de produjo la expulsión de Tierno Galván, Aranguren y García Calvo de sus cátedras, la situación había cambiado: “Actualmente en unas Universidades

tan grandes y con un número tal de alumnos, con tantos canales de información, no se puede comprender que un hombre como López-Aranguren gozara de un prestigio que superaba ampliamente el marco de su Facultad, y fuera respetado por casi todos los estudiantes, aunque no le hubiesen leído” (p. 159). Se aportan otros datos interesantes, como el elevado porcentaje de estudiantes de la Universidad de Madrid que vivían en colegios mayores, instituciones del régimen o de la Iglesia que acabarán desempeñando un papel relevante en las movilizaciones universitarias. Y, sobre todo, los que muestran el desarrollo de la elitista universidad franquista desde los últimos años cincuenta, si bien en la década siguiente se podía hablar de masificación sólo en pocos casos (como el de Filosofía y Letras, que pasó de 5.267 a 12.071 alumnos), con una diversificación social aún muy limitada (aumentó el número de estudiantes procedentes de las clases medias, pero el de clases trabajadoras seguía suponiendo menos del 6%). Para Álvarez Cobelas el problema fue, antes que nada, la improvisación con la que el régimen afrontó tal desarrollo, por lo demás muy previsible teniendo en cuenta el cercano ejemplo europeo, mientras crecía la sensación de que la universidad había dejado de ser una institución reservada a las elites (p. 215).

Esos cambios sociológicos tuvieron una incidencia directa en las movilizaciones políticas —recuérdese el caso de los famosos PNN— e influyeron en su radicalización. Las aulas universitarias vieron durante esa década no sólo el patético final el SEU, reconvertido en

unas fantasmagóricas Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APES), sino también el definitivo declinar de las organizaciones de inspiración cristiana, como la Unión de Estudiantes Demócratas (UED), y la competencia entre el PCE, el FLP y las pujantes organizaciones trotskistas y maoístas por ocupar el espacio dentro de la izquierda. La respuesta del franquismo continuó siendo ante todo represiva, creando en 1968 la denominada Policía de Orden Universitaria (POU) y un servicio de contrainformación: a finales de septiembre de ese año el subsecretario de Educación, Alberto Monreal Luque, se reunió con el general Muñoz Grandes, entonces jefe de Estado Mayor, para solicitarle «en nombre del ministro con la aprobación del Jefe del Estado, apoyo técnico para evitar que la subversión en los medios universitarios colocara al Régimen en una situación similar a la que el Mayo Francés situó a De Gaulle» (pp. 219-220). El estado de excepción de enero de 1969, con una larga lista de profesores confinados y estudiantes detenidos, pronto demostraría lo inútil de tales medidas.

El estudio de Álvarez Cobelas se detiene en 1970 sin otra justificación, según ha declarado el autor, que la existencia de otra tesis de doctorado que debe retomar la historia en ese mismo punto, una opción discutible pese a los cambios ministeriales y la nueva Ley de Educación, pues interrumpe el relato seguido hasta ahí sobre la oposición universitaria al franquismo. Al final el balance sobre las dimensiones y el alcance real de esa oposición no queda claro, y las cifras que se dan —el autor estima en unos trescientos los estudiantes organizados dentro de gru-

pos políticos en el momento álgido de 1968, entre los 60.000 de la Universidad de Madrid, sin contar por supuesto los simpatizantes y “compañeros de viaje”, mucho más numerosos (p. 348)—hubieran exigido un mayor esfuerzo interpretativo. Se habla de movilización y disidencia, pero falta un marco teórico en el que encuadrar esos fenómenos más allá del análisis de los distintos grupos y sus ideologías, para valorar cómo y por qué esos pocos centenares de “alborotadores y jaraneros”, “envenenados de cuerpo y alma”, a quienes había que “tratar como niños pero castigar como hombres”, pudieron traer tan de calle a Franco, Carrero, Blas Pérez y otros jerarcas del franquismo. Una de las tesis del libro es que los estudiantes españoles no participaron en la lucha política contra la dictadura y por la democracia, o no sólo, sino sobre todo en la lucha por su liberación individual y colectiva, por un proyecto de futuro socialista y revolucionario, ni más ni menos como sus compañeros europeos. Lo que habría que haber explicado mejor es el carácter complementario pero también contradictorio de esas dos luchas, porque ambas cosas hubo, considerando que esos jóvenes revolucionarios de ahí a pocos años iban a ocupar plazas claves en el poder político y cultural del país. A pesar de estas importantes objeciones, el presente libro supone una contribución a un tema importante que, como demostró su movida presentación con García Calvo en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, presenta todos los retos, las ventajas pero también las dificultades, de hacer historia del tiempo presente.

**Javier Muñoz Soro**

**Pere Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, 342 pp., ISBN 84-8432-556-3.**

Este libro, como el propio autor declara en la introducción, no es tanto un estudio de la realidad de la disidencia (o el antifranquismo), sino de la percepción gubernamental de esa disidencia. Tal como esa percepción se expresa en el discurso público, propagandístico, pero sobre todo en el informe privado y discreto destinado sólo al consumo interno; y también, según se recupera o recuerda en las memorias de algunos protagonistas principales (López Rodó, Carrero, Fraga, Martín Villa...). El valor y el interés del estudio de Pere Ysàs reside precisamente en esos informes privados, conservados en el Archivo General de la Administración (AGA), especialmente los agrupados en el interesante fondo del Gabinete de Enlace creado en 1962 para coordinar la información sobre el antifranquismo, pero también los generados por las instituciones políticas y administrativas del régimen: Consejo Nacional del Movimiento, Organización Sindical, etc.

La amplia glosa de esos informes permite reconstruir esa percepción gubernamental, en general bastante bien informada y atinada en el diagnóstico de los problemas y su gravedad, pero muy limitada y a menudo contradictoria en las propuestas alternativas, generalmente imposibles de llevar a cabo sin alteraciones fundamentales del régimen. La percepción gubernamental del “enemigo” revela el alcance y el peso



del antifranquismo durante la segunda etapa del régimen, en contra del juicio bastante extendido sobre la inoperancia e irrelevancia de la citada oposición. Ese es uno de los objetivos declarados del estudio, la demostración de la relevancia y del notable papel jugado por la citada disidencia y oposición en el proceso de desgaste y crisis del régimen. La misma lectura de los diversos informes revela las tensiones internas entre los distintos sectores del Movimiento Nacional, complementando la visión de la crisis interna del tardofranquismo que ya nos ofrecían otras fuentes y análisis.

Ahora bien, quedando perfectamente cubierto el objetivo principal del estudio, en su propia limitación, es decir, la percepción franquista de la disidencia y la subversión, quizá a partir de una documentación tan rica y abundante se podría haber ido más lejos en su análisis, confrontándola más, en la medida que lo permiten otros estudios, con la realidad de la oposición. Para poder valorar mejor el grado de adecuación de los informes con la realidad del antifranquismo. Su grado de información o de alarmismo, su perspectiva "interesada" en relación con la lucha soterrada entre los distintos sectores.

La naturaleza reservada de algunos informes no facilita en muchos casos su identificación, pero ello resulta necesario si se quiere discriminar, la intención, el destino y el peso específico de cada uno de estos informes en la formación del estado de opinión de los gobernantes. La abundante y plural información recogida por el Gabinete de Enlace, una de las fuentes principales del estudio, obliga a una ponderación del valor desigual de los informes policiales, los diplomáticos, los periodísticos, etc. En

el caso de los trabajos preparados por las instituciones políticas del régimen como el Consejo Nacional del Movimiento la identificación de los distintos intervinientes permite al autor analizar bien el cruce de opiniones, expresión de la lucha por el poder en el interior del régimen.

La investigación del segundo franquismo, a diferencia de la abundancia y riqueza de estudios sobre el primero, no ha hecho más que empezar, aunque precisamente en el terreno de la oposición obrera, estudiantil y católica ya disponemos de algunos estudio sólidos. Ya hace tiempo que Javier Tusell en su síntesis del siglo XX (manual de *Historia de España*, Historia 16, vol V, 1990) trazó un cuadro general introductorio de lo que llamó la nueva "oposición social" de los sesenta, para diferenciarla de la oposición "política", protagonizada y dirigida fundamentalmente desde el exilio por los partidos republicanos, y en el interior por los monárquicos antifranquistas. Una oposición progresivamente irrelevante y decadente en comparación con el peso cuantitativo y cualitativo de la nueva "oposición social", obrera, estudiantil, vecinal, profesional, nacionalista del segundo franquismo. Los acontecimientos de 1962 marcan perfectamente la divisoria entre una y otra. Como se ha señalado, el "contubernio de Munich" revela aún el peso de la oposición histórica del exilio, pero sobre todo la conjunción complementaria de la oposición interior y exterior, y la mayor representación de la primera. Pero además, las huelgas de la primavera de 1962 marcan el inicio de la nueva oposición social obrera (Comisiones Obreras) seguida inmediatamente de la estudiantil.

Una movilización social nueva que desborda los planes y estrategias de los partidos, y que revela como principal novedad, persistente ya hasta el final del franquismo, la estrecha colaboración y convergencia de militantes marxistas y católicos en las luchas.

Desde la perspectiva de los informes gubernamentales aparece claramente la alarma que produce los avances de la disidencia y la subversión, en el mundo estudiantil, en el intelectual, en el obrero, en el eclesial. Una progresión imparable que acompaña la propia evolución del régimen, incapaz de dar cauce a la contestación más allá de una mera política represiva de la que tampoco le conviene abusar. Entre la tolerancia y la represión, entre la comprensión y buen diagnóstico de las críticas y el carácter anacrónico de las respuestas, se manifiestan la impotencia ante los problemas crecientes. Separados por capítulos en el análisis pero conjuntos en la realidad se aprecia bien una periodización convergente:

Entre 1962 y 1966 una cierta expectativa más o menos tolerante, coincidente con los proyectos institucionalizadores y aperturistas del régimen (libertad de prensa, asociación, reforma sindical, Ley Orgánica del Estado). Entre 1966 y la crisis gubernamental de 1969 aumenta el control y la represión en medio de una fuerte lucha por el poder entre los tecnócratas y los "aperturistas". A partir de 1969, la percepción de Carrero sobre la "subversión", como sobre otros temas, parece hegemónica, aunque la política de represión creciente sobre los grupos subversivos se combina con los intentos de modernización y adaptación a las nuevas cambios sociales (Ley General de

Educación, intentos de negociación de un nuevo concordato con la Iglesia postconciliar). Tras el asesinato de Carrero se agudiza claramente el "tiempo de incertidumbre" que anticipa y se mezcla con los inicios de la transición (los dos gobiernos Arias estudiados recientemente por J. Tusell y G. Queipo)

El libro de Ysàs marca bien en cada uno de los capítulos esta cronología a la vez de la presión antifranquista y de la propia crisis del régimen. En contra de otras valoraciones, la alarma del régimen es la mejor demostración de la importancia y relevancia del antifranquismo, así como de su papel en la crisis final de franquismo. Aunque para una visión más completa y ajustada habría que contrastar esa percepción externa, por muy bien informada que estuviera, con la autopercepción que los propios disidentes y subversivos tenían de su propia actividad y capacidad. Indudablemente el estudio de Ysàs contribuirá a impulsar la investigación sobre el segundo franquismo (1960-1975), y especialmente sobre las distintas movimientos y plataformas antifranquistas. Entre otros muchos temas, por ejemplo, queda abierto el del peso relativo de la PCE en los movimientos de oposición. Los informes privados internos, como la retórica propagandística, insisten en la hegemonía del comunismo dentro de la tradicional visión conspirativa de los hombres del régimen. En este sentido el libro de Ysàs, a falta de otros análisis contrastados, puede reforzar esa imagen de autoprestigio tan cultivada por el propio "Partido" sobre su contribución hegemónica casi exclusiva en la lucha antifranquista. Quizás la disidencia "nacionalista", catalana y vasca sobre todo,

habría merecido un capítulo específico, por más que, como en el caso católico, su influencia se diluya y proyecte en el movimiento obrero o en el estudiantil. Pues tiene un peso específico indudable y, por otra parte, la sensibilidad franquista la percibe con suficiente entidad e identidad.

En el panorama historiográfico actual de los estudios sobre el franquismo el libro de Ysàs demuestra especialmente la relevancia del “despegue” eclesial y sus efectos demoledores para la supervivencia de la dictadura. No era algo completamente desconocido. Se había puesto de relieve y reconocido especialmente en relación con el papel desempeñado por la Acción Católica obrera, y con la figura de Tarancón. Pero en general se trataba de estudios y reconocimientos efectuados sobre todo en el ámbito interno de medios católicos, a menudo ignorados y relativizados desde la historiografía civil. El capítulo que dedica Ysàs a la disidencia eclesiástica, basado en los excelentes informes del Gabinete de Enlace, implica un reconocimiento historiográfico del tema, llamado a tener más amplios desarrollos. Pues, como en los otros capítulos de la disidencia, los informes gubernamentales apelan a un estudio contrastado de otras fuentes. Además, la legítima delimitación de un capítulo ceñido a la disidencia eclesiástica, fundamentalmente de la jerarquía eclesiástica, no agota la complejidad de un tema, que aparece claramente en los otros capítulos de la disidencia, especialmente en el dedicado a la obrera, pero no sólo. Pues la disidencia católica, no sólo de la jerarquía eclesiástica, precede, desborda, empuja la del conjunto de la Iglesia. No es posible entender el des-

pegue del Vaticano y de la jerarquía española sin ponderar el peso del catolicismo progresista, y de la nueva cultura política cristiana de izquierdas (Díaz Salazar) que emerge por primera vez en el catolicismo español en los últimos años del franquismo y perdura en los primeros de la transición.

Feliciano Montero

Krzysztof Ruchniewicz y Stefan Troebst (eds.), *Diktaturbewältigung und nationale Selbstvergewisserung. Geschichtskulturen in Polen und Spanien im Vergleich*, Wrocław, Willy Brandt Zentrum de la Universidad de Wrocław, 2004, 276 pp., ISBN 83-229-2504-2.

Las contribuciones del presente volumen, fruto de un amplio proyecto de investigación (con la participación de cinco entidades universitarias de Alemania, España y Polonia), financiado por la Fundación Volkswagen y coordinado desde el Centro de Estudios sobre la Historia y Cultura de Europa Centro-Oriental de la Universidad de Leipzig por Stefan Troebst, versan en su gran mayoría sobre diversos aspectos de un tema sin duda actual: la denominada “superación” de las dictaduras. En este caso, se toman como ejemplo las dictaduras franquista en España y comunista en Polonia. El proyecto se puso en marcha en el año 2001 a raíz de los debates acerca de la recuperación de la memoria histórica en España y Polonia (Jedwabne), respectivamente, y celebró ya un primer *workshop* en la Universidad de Santiago de Compostela en marzo del 2002. El objetivo explicitado por los editores con-

siste en aclarar el papel que desempeña la historia en sociedades posdictatoriales. Es decir, en precisar la vinculación existente entre las diversas formas de experiencia vivida bajo regímenes dictatoriales y la conformación de una memoria histórica.

Ruchniewicz y Troebst han reunido más de veinticinco textos, reela-boración de las comunicaciones que en su día fueron presentadas por historiadores, sociólogos, politólogos, periodistas y estudiosos de los medios de comunicación, procedentes en su mayoría de universidades y centros de investigación, o de ámbitos de la sociedad civil, de Polonia, España y Alemania en el congreso *Superación de las dictaduras, política del recuerdo y cultura de la historia. Polonia y España en comparación*. Este congreso se celebró en junio del 2003 en Wrocław y Krzyżowa (Silesia, Polonia). El idioma del volumen es el alemán, con alguna excepción en inglés, lo que probablemente contribuirá a que su recepción en la historiografía española sea muy limitada, si bien favorecerá su difusión en el ámbito centroeuropeo. Con todo, ello no le exime de interés. La estructura del libro consta de cuatro apartados basados en el mencionado congreso y dedicados a los temas “Dictadura y memoria” (*Diktatur und Gedächtnis*), “La dictadura como objeto de la ‘meta-narrativa’ histórica” (*Die Diktatur als Gegenstand historischer ‘Meistererzählungen’*), “Recuerdo y memoria de la dictadura y opinión pública” (*Diktaturerinnerung und Öffentlichkeit*) y “Nación y región después de la dictadura” (*Nation und Region nach der Diktatur*).

La amplitud de los temas tratados y la variedad de las contribuciones nos obliga, por razones de espacio, a limi-

tarnos al análisis de algunas de ellas, aún a riesgo de incurrir en una mera elección personal y subjetiva, que por lo demás no pretende presuponer que los artículos no aludidos lo sean por falta de calidad. Muy fecunda para la investigación es sin duda la propuesta de Stefan Troebst, consistente en una comparación de aspectos como el olvido, la conmemoración y el recuerdo, así como de su superación, en sociedades posdictatoriales de diferente signo. Como nos demuestra Claudia Kraft en su vasto artículo comparativo —uno de los pocos ensayos realmente comparativos del volumen—, la comparación puede llevar a hipótesis sumamente interesantes que van más allá del horizonte nacional que suele ser un tanto limitado. Asimismo, Kraft subraya que las nuevas discusiones públicas sobre la recuperación de la memoria histórica en España no se deben tanto a cambios generacionales como a la influencia de los debates que surgieron en Europa del Este a partir del año 1989. Sin embargo, las primeras iniciativas para la exhumación de los restos de combatientes y simpatizantes de la República, asesinados durante y después de la guerra civil, ya se articularon en los años setenta. Estos esfuerzos desaparecieron, argumenta el presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, Emilio Silva, con el fallido golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. Silva insiste en el clima de temor reinante aún en España, un miedo interiorizado por amplios sectores de la población española que en parte todavía hoy —después de casi treinta años de democracia— hace imposible debatir de modo tranquilo y desapasionado sobre la guerra civil y la

represión franquista. Un valioso aporte al debate actual, especialmente por las reflexiones teóricas acerca de la “memoria colectiva”, es la contribución de Marek Ziółkowski, en la cual analiza aspectos del recuerdo y del olvido en la Polonia poscomunista. Ziółkowski hace especial hincapié en el poder de los medios de comunicación para potenciar, arrinconar, descartar y hasta crear ciertas informaciones históricas.

Los ensayos del segundo apartado tienen por objeto principal el análisis de varios de los paradigmas dominantes en la interpretación historiográfica de las dictaduras. Estas explicaciones de carácter preeminencial –como, por ejemplo, la imagen de Franco como “modernizador” del país– se pueden denominar como “meta-narrativa” en el discurso historiográfico que se materializó, se extendió e institucionalizó en la sociedad más allá de la disciplina histórica. El análisis de “meta-narrativas” históricas implica investigar los grupos, las instituciones y los individuos que transmiten y divulgan los discursos hegemónicos. Es exactamente lo que pretende Julia Macher en su estudio. Macher señala que en la segunda mitad de los años setenta la prensa y los políticos españoles renunciaron a una revisión crítica de la dictadura y facilitaron así el desarrollo de mitos históricos, fomentados todavía por el régimen dictatorial. Concluye su estudio con la observación de que los medios de comunicación contribuyeron a la exclusión de temas incómodos (represión, reparación) del debate público, siguiendo las pautas de reconciliación, moderación y concordia que caracterizaron la transición española. Kaja Kazmierska profundiza –a través de

declaraciones de polacos testigos de aquella época y sus imágenes de la Segunda Guerra Mundial– en las intrincaciones de la “memoria social” con la “memoria biográfica”. La autora pone especial énfasis en el proceso de mutua confrontación continua de estas dos formas del recuerdo, documentando de forma espléndida dicho enfrentamiento en el marco de la sociedad polaca.

Las aportaciones del tercer capítulo (Recuerdo y memoria de la dictadura y opinión pública) tratan aspectos tan diferentes como los campos de concentración franquistas (Javier Rodrigo), el lugar de memoria en el que se ha convertido el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau (Zofia Wóyci-cka) o la discusión en torno a la elección de una fecha para la nueva fiesta nacional en la España democrática (Carsten Humlebaek). Amaia Lamikiz Jauregiondo, por su parte, trata en su ensayo el fenómeno del surgimiento en las redes sociales informales de una memoria histórica contrapuesta a la perspectiva oficial. Mediante su análisis de recuerdos históricos transmitidos en el ámbito familiar en el País Vasco repasa el proceso de la construcción de imágenes históricas que responden a las conveniencias de los grupos afectados.

El cuarto apartado lo abre Xosé M. Núñez Seixas con un artículo sobre la memoria histórica en el discurso neopatriótico en España, del que una versión en lengua castellana ya se ha publicado en el número 3 (2004) de esta misma revista, lo que me excluye de presentarlo. De sumo interés es también la aportación de Antonio Sáez-Arance que se dedica a aclarar cambios en el modo de verse a sí mismo y del conocimiento histórico de sí mismo en

España. Sáez-Arance señala que es un nacionalismo español de corte conservador –formado alrededor del Partido Popular– el que desde la década de los noventa marca la pauta en el cambio de las interpretaciones históricas dominantes. Esta “revisión” de la historia española, que enfoca episodios de “historia nacional” para señalar “continuidades positivas”, se beneficia no sólo de cambios de perspectiva en las ciencias históricas sino también de su presencia en los medios de comunicación y de las intenciones políticas imperantes. El análisis de estas tendencias de “normalización” –que implican una rectificación general de la historia y que pueden llevar hasta la falsificación– es sin duda certero y hasta fascinante, y por ello digno de una mayor profundización analítica desde una perspectiva político-científica.

Se trata, en resumen, de una valiosa contribución, impresionante incluso por su original aporte comparativo. En este sentido, es de destacar que varios de los ensayos se complementan y son de una enorme riqueza temática. Como lector, estamos a la espera de la anunciada y programada continuación del proyecto, que culminará con un nuevo congreso en Tesalónica en el 2005 y en el que se incluirán igualmente los casos de Grecia y Portugal en una ampliación de la perspectiva comparativa. Volviendo a la obra que aquí nos interesa, un hecho que no deja de ser un tanto problemático, teniendo en cuenta que las aportaciones provienen de diferentes disciplinas, es el uso de los términos “meta-narrativa histórica” y “superación de dictaduras” sin definición previa de los mismos. ¿Cuál es el significado y en qué consiste exacta-

mente el concepto de la “meta-narrativa” histórica? En este tema seguramente diferirán muchas de las opiniones. Por otro lado, ¿qué se supone que hay que hacer para “superar” una dictadura? ¿Es realmente posible “superarla”? Se echa de menos, al menos en el ensayo introductorio, un abordaje crítico que incluya una ulterior aclaración de estos conceptos y términos, claves para el entendimiento del volumen.

**Andreas Stucki**

**Álvaro Soto Carmona, *¿Atado y bien atado?. Institucionalización y crisis del franquismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.**

La ya abundante bibliografía acerca de la Transición, centrada en el proceso iniciado con la desaparición de Franco, suele incorporar como variables explicativas del mismo diferentes elementos de carácter estructural o relativos a las estrategias de los actores políticos y sociales durante la dictadura, pero no existía una obra monográfica que abordara la relación existente entre la dinámica política de las últimas décadas del régimen franquista y el modo en que se produjo su transformación en un régimen democrático. A. Soto Carmona contribuye a cubrir tal vacío con esta obra, que se sitúa en el marco de su importante línea investigadora acerca de la *tercera ola* de transiciones a la democracia, en la terminología acuñada por Samuel Huntington. Como señala Javier Tusell en el prólogo de la obra se trata de una investigación de Historia política en la que el autor <<ha sabido

utilizar de forma muy completa los archivos oficiales y los de la oposición, así como la prensa>> para explicar el control del proceso de transición ejercido por personas procedentes mayoritariamente de la dictadura a partir de las características del proceso de institucionalización del franquismo y del papel que, en paralelo, jugó la oposición democrática.

La tesis principal de la obra consiste en que, desde mediados de los años cincuenta, la idea de dar al régimen de Franco una permanencia institucional para asegurar su supervivencia tras la desaparición física del dictador puso de manifiesto diferencias fundamentales de planteamiento político entre las élites de la dictadura que darían lugar a lo que, en términos politológicos, se ha caracterizado como una *apertura o liberalización* del régimen, cuyas contradicciones e insuficiencias contribuyeron a la crisis de éste y a que, tras la desaparición de Franco, un importante sector de dichas élites apoyase un verdadero proceso democratizador, que estaba en condiciones de controlar frente a la opción rupturista planteada por una oposición democrática lastrada por su situación de debilidad relativa y de fragmentación.

La obra se estructura tomando como punto de partida la propuesta de institucionalización del franquismo impulsada por José Luis de Arrese en 1956, sobre la base de reforzar el papel del Movimiento como organización y como instrumento determinante del poder político. Esta propuesta, con reminiscencias totalitarias, fue rechazada por otros componentes de la coalición reaccionaria y por el propio Franco, marcando el declive

definitivo de Falange en el seno del régimen, pero la institucionalización se convirtió en el principal objetivo de los diferentes gobiernos a partir de 1957, reflejándose en un conjunto de leyes que culminaron con la aprobación de la Ley Orgánica del Estado en 1967. Soto Carmona muestra cómo este proceso estuvo marcado por el debate entre dos proyectos aperturistas diferentes en el seno de la élite política: el encabezado por Laureano López Rodó, que contaba con el apoyo de los tecnócratas y de Torcuato Fernández Miranda, así como del cada vez más influyente almirante Carrero Blanco, frente al grupo liderado por José Solís y Manuel Fraga. El autor analiza las diferentes posiciones de ambos grupos en cuestiones como la política exterior o el papel de las fuerzas armadas, aunque las divergencias que tendrían mayores consecuencias políticas eran las referidas al intento de ampliar la base social del régimen y conferirle legitimidad, para lo cual el grupo encabezado por López Rodó postulaba el impulso al desarrollo económico y la modernización y racionalización del aparato administrativo, sin admitir la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones, mientras que el grupo encabezado por Fraga y Solís apostaba por una participación limitada en el ámbito sindical y en el político, planteando la regulación de unas *asociaciones políticas* diferentes de los partidos propiamente dichos y que no debían rebasar la esfera del Movimiento. La otra gran cuestión debatida aludía a la misma sucesión del dictador, para la que el grupo de los tecnócratas respaldaba firmemente a Juan Carlos de Borbón, mientras que, hasta la designación de éste en 1969 como sucesor por

Franco, el segundo grupo mostraba ciertas reticencias y planteaba alternativas como la regencia. El autor dedica un capítulo específico a esta cuestión, explicando la *instauración* de la monarquía por Franco en la persona de Juan Carlos de Borbón, frente a la *restauración* encarnada por su padre, en base a la errática trayectoria de don Juan entre el régimen y la oposición, que le hizo perder la confianza de Franco. Merece destacarse que el autor pone de manifiesto, frente a una opinión muy extendida, cómo el interés prioritario de don Juan, al igual que el de su hijo en esta etapa, estuvo siempre en afianzar la institución monárquica por encima de la democratización del país, lo que no evitó las desavenencias entre ambos tras la designación de don Juan Carlos como sucesor de Franco. La designación del sucesor coincidió con una crisis de gobierno que reforzó a Carrero Blanco y a los tecnócratas, quienes controlarían el poder hasta la desaparición del almirante a manos de ETA en 1973, mientras que la marginación de Solís y Fraga permitió a este último actuar como semi-oposición al gobierno y perfilar su proyecto político *pseudo-reformista* con vistas a la etapa posterior a la muerte de Franco. El análisis del proceso evolutivo en el seno del régimen termina con la caracterización del primer gobierno Arias Navarro como la etapa de crisis del franquismo, marcada por el aumento de la conflictividad social, el declive físico del dictador, problemas económicos e internacionales y una creciente disgregación de las élites políticas. Este gobierno osciló así entre unos intentos de reforma carentes de voluntad democratizadora -“espíritu del 12 de febrero”, Estatuto de Asociacio-

nes Políticas de 1974- y un endurecimiento represivo impulsado por los sectores inmovilistas o continuistas que, apoyados en su cercanía al entorno del dictador y a su influencia en las fuerzas armadas, pretendían mantener a toda costa las esencias del régimen. El autor muestra cómo esta situación impulsó a importantes sectores de las élites políticas a desvincularse del gobierno y a asumir la necesidad de profundizar una vía reformista carente aún de un perfil verdaderamente democrático, pero que evolucionó en esa dirección tras la desaparición de Franco y ante la presión de la sociedad civil entre los sectores dotados de un mayor realismo político, lo que sería fundamental para facilitar la Transición.

Como contrapunto, Soto Carmona analiza en el último capítulo de la obra la situación y las estrategias de la oposición a la dictadura, poniendo de manifiesto su debilidad en el momento inicial de la Transición, pese a la importancia que había tenido la conflictividad social -especialmente la huelguística- como factor de erosión de la legitimidad del régimen. Mediante el análisis de la evolución de las principales fuerzas opositoras desde el final de la Guerra Civil se muestra cómo esta situación de debilidad relativa no derivó únicamente de la represión, sino de las divisiones internas de los partidos -especialmente relevantes en el caso del PSOE y, en menor medida, del PCE-, como de las rivalidades y recelos existentes entre distintas fuerzas políticas -sobre todo entre el PSOE y el PCE-, que impidieron la articulación de un organismo unitario de oposición a escala estatal hasta después de la desaparición del dictador, y de la falta de



adecuación de sus planteamientos rupturistas -huelga general política para derrocar la dictadura, gobierno provisional, planteamiento del socialismo como meta final- a unas demandas democratizadoras de la sociedad civil más conservadoras en el fondo y en la forma, en un contexto de grandes transformaciones socioeconómicas y culturales cuyo significado no siempre fue bien comprendido por la oposición, especialmente por la que se encontraba en el exilio.

En definitiva, esta obra supone un riguroso y exhaustivo análisis de la dinámica generada por la evolución y las estrategias de relevantes actores políticos y sociales en la fase previa al inicio de la Transición, cuya consideración es imprescindible, junto a la de otras variables de carácter estructural, si se quiere construir un modelo explicativo global de dicho proceso.

**David Sánchez Cornejo**